



Capítulo 383 - Duelo de lanzas.

"Oye, perra, levántate." Zafiro dijo: "¿No es esto lo que querías?" Ella gruñó: "VAMOS, PERRA"

"JAJAJAJA" Morrigan se rió. Ni una risa de desprecio, ni de desesperación. Fue una risa pura, cruda, casi salvaje. Una risa de alguien que sangró, sintió, cayó... y se levantó.

Lentamente, se levantó entre el polvo y la sangre, rompiéndose los hombros magullados y secándose la boca con el dorso de la mano. Su cabello despeinado cubría parte de su rostro, pero sus ojos dorados brillaban como los de un lobo hambriento.

"Ja... así es. "Eso es combate."

Zafiro no respondió. Ella simplemente dio dos pasos hacia adelante, con su lanza todavía brillando con brasas internas, como si cada fibra del arma vibrara al unísono con su respiración. Su cuerpo estaba cubierto de cortes, sus músculos tensos y su pecho subía y bajaba a un ritmo controlado. Pero sus ojos lo decían todo: concentración absoluta. Sin dudar.

Morrigan lo entendió inmediatamente. Ambos estaban a punto de iniciar algo que trascendería rencores o provocaciones. Era simplemente una guerra, desnuda, honesta, entre dos maestros del mismo oficio.

El primer movimiento llegó como una ráfaga de viento. Morrigan empujó la punta negra de su lanza en una línea recta y precisa, apuntando al hombro derecho de Sapphire. Zafiro hizo girar su lanza en defensa, desviando la punta con un sonido metálico y contraatacó con un golpe hacia abajo. Morrigan



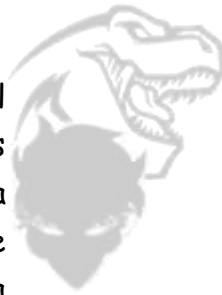


lo esquivó, inclinando su torso hacia atrás en un movimiento que requería un equilibrio absurdo.

El sonido de las lanzas chocando llenó el aire, como un trueno apagado. Ninguno de ellos estaba usando poderes mágicos ahora. No hubo ráfagas, explosiones ni gritos sobrenaturales. Sólo acero contra acero. Técnica contra técnica. Sapphire se deslizó hacia un lado, usando su propio giro corporal para engañar al guardia de Morrigan, intentando un empuje lateral. Morrigan giró sus caderas, defendiéndose con la parte inferior del eje y retrocediendo medio paso para mantener la distancia.

Estaban poniendo a prueba los límites del otro. Cada ataque era una pregunta, cada defensa una respuesta. El ritmo empezó a intensificarse, los empujes se hicieron más rápidos, los movimientos más compactos.

Sapphire avanzó con una secuencia de tres golpes rápidos —uno en el abdomen, otro en el cuello y el tercero en las rodillas. Morrigan bloqueó los dos primeros y evitó el tercero saltando ligeramente. En el aire, giró su lanza horizontalmente, intentando golpear a Zafiro desde un costado. Zafiro se agachó, sintiendo que el viento le cortaba el pelo. En respuesta, tiró de la pierna de Morrigan en el regreso, tratando de desequilibrarla. La diosa cayó con una rodilla en el suelo, pero hizo girar todo su cuerpo con la lanza extendida, abriéndose paso. Zafiro retrocedió medio metro, pero mantuvo la guardia alta.



Ambos estaban sudando. El suelo a su alrededor estaba surcado de huellas, arañazos de lanzas y sangre que fluía libremente de cortes abiertos. Y, sin embargo, ninguno de los dos se detuvo.

Morrigan giró y se lanzó a toda velocidad. La punta de la lanza rozó la mejilla de Zafiro, pero ella no retrocedió. En lugar de eso, avanzó —cerrando la brecha— y embistió su hombro contra el pecho de su oponente. Morrigan se tambaleó, pero sonrió.



"Aprendiste de esa mujer, ¿eh?"

Zafiro no respondió. Ella simplemente empujó con el dorso de su lanza, tratando de sorprenderla. Morrigan golpeó el mango del arma con la palma de la mano, desviando el golpe, y blandió la lanza como un bastón contra el costado del cuerpo de Sapphire.

El golpe cayó de lleno. Un sonido agudo, seguido de un gruñido. Zafiro retrocedió dos pasos, pero mantuvo la mirada fija en Morrigan.

La diosa no tuvo tiempo de sonreír. Zafiro se lanzó hacia adelante como un rayo, agachándose y blandiendo su lanza en una espiral ofensiva. Morrigan defendió el primer giro, pero el segundo le golpeó el muslo. Ella se tambaleó y la tercera rotación ya estaba llegando hacia ella. Morrigan rodó hacia un lado, levantándose en medio del movimiento. Ahora ambos sangraban visiblemente.



Ninguno parecía dispuesto a detenerse.

Corrieron uno hacia el otro. Sus lanzas se encontraron en el aire y el impacto resonó en sus brazos. Era un sonido agudo y firme. Los pies de ambas mujeres estaban firmemente plantados en el suelo y sus ojos parpadeaban. Los ejes se flexionaron bajo la presión. Zafiro tiró, intentando desarmar a Morrigan con un giro. Morrigan dio un paso atrás y soltó su mano izquierda del arma, golpeando a Sapphire con un gancho en el abdomen. Sapphire gimió pero aprovechó el impulso para girar alrededor de Morrigan y la golpeó con el eje en la espalda.

Ambos dieron un paso atrás, jadeando.



Los siguientes movimientos fueron demasiado rápidos para que los ojos comunes pudieran seguirlos. Empujes en ángulos imposibles, defensas milimétricas perfectas, movimientos de cadera, hombro y muñeca—todo el arte de la lanza bailado por dos maestros.

Morrigan comenzó a usar más su cuerpo. Avanzó, empujó y usó su rodilla, pie y hombros, tratando de abrumar la defensa de Sapphire. Sapphire, más técnico, respondió con contraataques fluidos, convirtiéndose cada defensa en un nuevo empuje. El suelo se convirtió en un escenario marcado por golpes, giros y el sonido metálico de la fricción.

Hubo un momento en el que ambos se atacaron al mismo tiempo. Las lanzas cruzaron en el aire, pasando una al lado de la otra, y ambas recibieron un corte. Zafiro en su clavícula. Morrigan a un lado de su cuello. Se retiraron, con sangre goteando y ojos brillantes.

Ya no hubo más burlas. Sin risas. Sólo respeto. Y determinación.

Zafiro comenzó a respirar más profundamente, alargando el movimiento de su arma. Morrigan estrechó la base, haciendo que sus ataques fueran más cortos y peligrosos en espacios confinados. Con cada anticipo había un intercambio. Ninguno de los dos dominó por completo. Fue como si ambos hubieran entrenado toda su vida para este único duelo.

Zafiro hizo girar la lanza sobre su cabeza y cayó con un golpe oblicuo. Morrigan se defendió cruzando su arma en el aire y utilizó el impacto para acercar a su oponente. Atrapados juntos, se miraron el uno al otro. Morrigan apretó la mandíbula y empujó con el mango. Zafiro apartó la cara y esquivó. Usó la base de la lanza como palanca, tratando de desequilibrar a la diosa. Ambas piernas se bloquearon, un shock físico que casi los hizo caer.





Con un empujón mutuo, se separaron una vez más. La respiración de ambos era casi inaudible, tan pesada que parecía tragarse el silencio del mundo que los rodeaba.

Y entonces Morrigan volvió a reír. Esta vez, sin desdén. Sólo alegría. Alegría pura y sincera.

"Tú... eres bueno. "Muy bien."

Zafiro asintió, jadeando. "Has mejorado mucho..."

Sin más palabras, se lanzaron al choque final.

La danza final de las lanzas fue tan rápida que sólo el polvo contó su historia. Pasos ágiles, giros cerca del suelo, empujes con la punta, con la base, con el cuerpo. Las lanzas arañaban el aire como pinceles en un cuadro furioso. Cada impacto era una nota en un ritmo violento y hermoso.



En un movimiento decisivo, Sapphire fingió un golpe en la pierna. Morrigan bajó la guardia, pero fue una finta. El verdadero empuje llegó al hombro. La punta tocó la carne. Morrigan se retiró, pero dejó el costado abierto — Sapphire giró y apuntó la base de la lanza a su cuello. Morrigan no tenía forma de defenderse.

Se congelaron.

Zafiro con la lanza firmemente debajo de la barbilla de Morrigan. Morrigan con el arma levantada, lista para cortarle el pecho a su oponente. Un segundo. Dos. Tres.



Luego ambos bajaron las armas.

El silencio que siguió fue casi sagrado. No había público, sólo los ecos de su respiración. Y una certeza mutua: ninguno había ganado. Ambos habían sobrevivido. Y eso, en sí mismo, fue la victoria.

Morrigan asintió lentamente, sangrando pero firme. "Cuando quieras hacer esto otra vez... ya sabes dónde encontrarme."

Zafiro limpió la sangre de su lanza y la hizo girar suavemente, apoyándola sobre su hombro. "La próxima vez... habrá público."

Se alejaron en silencio, abandonando el campo marcado por la lucha — pero sagrado por el honor. Ninguno de los dos había ganado. Ninguno de los dos había perdido. Eran iguales. Y ellos lo sabían.

"Después de ver eso... Puedo decir que soy terrible con las lanzas..." Vergil murmuró, todavía tratando de procesar lo que acababa de presenciar. Sus ojos estaban fijos en el campo que tenía delante, donde el sonido de los últimos ataques todavía parecía resonar en las piedras y el polvo suspendido.

Morrigan, con un discreto corte en el labio y el rostro marcado por hollín y sudor, levantó una ceja y miró lentamente en su dirección. Su pecho todavía subía y bajaba de manera desigual, pero el brillo divertido en sus ojos era inconfundible.

"Ese tipo...", dijo ella, apuntando con su lanza a Virgilio sin siquiera girarse por completo, "¿qué es él, de todos modos?"





Zafiro, todavía arreglándose el pelo despeinado mientras se limpiaba la punta de la lanza contra la pierna rota del pantalón, se encogió de hombros casualmente, como si respondiera una pregunta sobre el clima.

"Oh, ¿él? "Mi marido."

Morrigan permaneció en silencio por un segundo, frunciendo ligeramente el ceño. Luego resopló— y soltó una risa corta y ronca, sacudiendo la cabeza.

"Por supuesto que lo es."

